

LO ÚNICO QUE IMPORTA

Había sido un largo día para Agustín Robles. En los albores de la noche, huía por el bosque de un escaso número de militares. Desprovisto de armas, sus puños no suponían una óptima respuesta a sus fusiles. Las balas silbaban a su alrededor mientras él corría con tal de conservar la vida. Difícil hazaña en tiempos de guerra. Su brazo sangraba, herido de bala, y se hacía una prioridad la búsqueda de un lugar resguardado donde esconderse y tratar sus heridas. Tras deambular un largo rato por el bosque divisó, a lo lejos, una tenue luz. Era una casa, algo pequeña y cochambrosa, pero que a él le parecía un búnker infranqueable. Sin pensarlo, corrió a ella, cuidando de no tropezarse con la naturaleza del lugar. La frondosidad del bosque le impedía visualizar con claridad su objetivo, así que había de esquivar con acierto cada obstáculo. Mientras, el sonido de los disparos se hacía cada vez más audible. Quizá le estuvieran dando alcance. Quizá sus disparos se hacían cada vez más certeros. Sus piernas aceleraban el paso, instintivamente, ante tan mala señal. Cada paso que daba era más duro. Por suerte, alcanzó velozmente la puerta que abrió sin dudar penetrando el umbral con decisión. Sin embargo, un habitante de la casa se giró ipso facto y le apuntó con un fusil sin temblor.

-¡Alto!- gritó.

Agustín dio un salto hacia atrás al tiempo que elevó sus manos al aire. Quería dejar constancia de que es un civil y que va desarmado, además de claramente herido. El habitante se dio cuenta de este hecho y separó su dedo del gatillo.

-¿Cómo se llama? – dijo el habitante.

-¡Agustín! ¡Agustín Robles! – respondió.

-Gervasio Sánchez, mucho gusto. ¿Por qué ha entrado en esta cabaña?

-Me persiguen.

-¿Con qué intenciones?

-Mortales.- dijo Agustín, mientras se señalaba el brazo.

-¿Armados?

-Hasta los dientes.

-¿Muchos?

-Suficientes.

-Muy bien, baje los brazos.

La cabaña estaba a medio construir. Únicamente estaba formada por tres habitaciones:

una más grande que las otras dos. Las dos habitaciones pequeñas eran un mísero dormitorio provisto de un pequeño colchón, alguna sábana y alguna manta; y lo que aparentaba ser el cuarto de baño compuesto por un hediondo agujero en el suelo. Ambas habitaciones carecían de puertas que protegiesen la intimidad del personal, y conectaban directamente con la habitación más grande. Ésta era algo así como el salón y estaba formado por dos puertas que conectaban con el exterior y dos ventanas acristaladas con idéntico formato. La casa carecía de todo tipo de electricidad o sistema hídrico, tan sólo era alumbrada por una lámpara de gas situada en el centro del emplazamiento. Las ventanas se hallaban una frente a otra estando, a su lado, cada puerta. Bajo una de éstas, se encontraba Gervasio, armado con su fusil y agarrado a una maleta. En frente de él, estaba otro hombre con fusil recientemente asesinado. Aún podía notarse calor emanando de sus poros.

Agustín arrancó la manga de la camisa de su brazo herido con tal de poder atisbar la herida en sí. Tuvo suerte, la misma aparentaba ser más grande de lo que era en realidad. Había sido un alcance superfluo, la bala no se había alojado en su cuerpo, por suerte. Aún así, emanaba sangre a borbotones.

-Tranquílcese, -dijo Gervasio- no se va a morir por eso. Tan sólo le dejaré un recuerdo de esta batalla en forma de fea cicatriz.

-Lo sé, pero duele una atrocidad.

Aprovechó la existencia del cadáver cercano, convenientemente vestido, para arrancar un trozo de su atuendo en forma de trapo y usarlo para taponar la hemorragia y, de esta forma, dejar de sangrar. Se ayudó de los jirones formados por los disparos para poder rajar la tela. Las heridas del muerto aparentaban ser severamente dolorosas, quizá hasta su propio puño sería capaz de entrar con facilidad en los feos recuerdos dejados por un enemigo cruel.

-¿Sufrió mucho? –dijo Agustín, refiriéndose al muerto.

-Tanto como aparenta.

En ese momento, Agustín se prometió tratar de no ser herido de tal forma en lo que le quedaba de vida. Y, en caso de serlo, procurar que fuese en la cabeza para evitar una muerte con dolor. O, al menos, con sufrimiento.

-Agustín, he de pedirle un favor. –dijo Gervasio.- Se habrá dado cuenta de que estamos en guerra.

-Me he dado.

-Muy bien, le veo lúcido. Verá, necesito que me defienda en la retaguardia. A mí también me atacan como comprenderá y, cuando lleguen sus asesinos potenciales, habrá dos frentes de combate. No puedo contener los dos frentes simultáneamente, así que requeriré su ayuda. Veo que se ha fijado en mi compañero muerto.

-Así es.

-¿Ve que tiene un fusil en sus manos?

Agustín agarró el fusil del compañero muerto y luego apartó el cadáver para situarse bajo la ventana, tratando de imitar la posición defensiva de Gervasio.

-¿Tiene experiencia en combate?

-Correr delante del enemigo.

-Suficiente, sólo apunte y dispare. Y lleve cuidado con el retroceso. ¿Ha disparado alguna vez?

-Tan sólo a conejos. – respondió Agustín, con sinceridad.

-Pues esto es lo mismo, sólo que más grandes.

Ambos se asomaron levemente por sus respectivas ventanas. Los perseguidores de Agustín se iban acercando y ya parecían tenerle a tiro. Las balas rebotando contra las paredes exteriores sonaban muy fuertes, como estallidos. Disparó, pero el retroceso del arma le provocó un dolor insufrible en el brazo herido. Sin embargo, volvió a disparar. Todo dolor es poco cuando está en juego su propia vida. Su compañero disparaba con más pasión, fuerza y vida, con un lenguaje plagado de insultos y blasfemas menciones a pasajes bíblicos. Cosa normal, pues Gervasio era notablemente más joven que él. Pero, a sus 53 años, cualquiera podía ser notablemente más joven que él.

-Lo lamento. – dijo Agustín.

-¿Por qué?

-Mi llegada a aquí le ha complicado la existencia.

-No, por Dios, ésta ya se hallaba harta complicada. Todo lo contrario, he de agradecerle que llegase aquí, al menos me brindará algo de compañía antes de morir.

-¿No se muestra un tanto pesimista?

-El enemigo controla cada salida. Como protección, este lugar viene fetén pero me temo que no es más que un callejón sin salida. Espero que se haya confesado recientemente porque lo próximo que verá será a Dios buscando la forma de redimir todos sus pecados.

-Entonces. ¿Para qué luchar?

-No quiero morir ni tengo la intención de ponérselo aún más fácil al enemigo.

La munición de ambos se agotó al tiempo. Gervasio recargó su arma y le pasó un peine de balas a su compañero.

-¿Sabe colocarla? – Dijo Gervasio.

-Claro, he disparado a conejos. ¿Lo recuerda?

-¿Con fusiles?

-Eran escopetas pero supongo que el mecanismo será similar.

Empezó a darle vueltas al fusil buscando el lugar donde introducir el peine de balas, sin hallar el agujero correspondiente.

-Traiga, -dijo Gervasio- yo lo introduciré.

Cuando le alcanzó su fusil y munición, Agustín pudo observar, por primera vez, cómo Gervasio soltaba la maleta para realizar tales tareas. La trataba como si su propia vida se encontrase resguardada ahí dentro. Quizá hasta fuese más importante que su propia vida.

-Fíjese bien, -dijo Gervasio- lo haré sólo esta vez. El tiempo apremia.

-La curiosidad me embriaga. –dijo un curioso Agustín.

-¿Le embriaga?

-¿Qué se halla en el interior de esa maleta?

-Mi ropa, mi pasaporte y mis útiles para el aseo. –respondió Gervasio con notable sarcasmo.

-Séame sincero. Total, moriremos igual, se supone. ¿No? Al menos procure que sea con mi curiosidad saciada. ¿Qué hay dentro de la maleta?

-Eso es asunto mío y ni la propia muerte me hará contarle tal cosa.

Gervasio finalizó con la recarga de ambos útiles armamentísticos y le alcanzó, el recién recargado, a su compañero de faenas.

-Y por favor, -dijo Gervasio- ahora céntrese en el enemigo.

-Lo lamento, no quería molestarle con mis pesquisas.

-No se preocupe, sólo que esto es algo que a usted no le atañe en absoluto ni ha de atañerle.

Se asomaron por la ventana y dispararon al enemigo. Ambos finalizaron nuevamente sus

cinco balas. Sin embargo, Agustín no cesaba de sujetarse el brazo herido.

-¿Qué le ocurre? –dijo Gervasio- ¿Le duele la herida?

-Así es, dolor agravado por la extrema vejez de un servidor.

-¡Vamos! Está demostrando ser un valiente, tiene alma de luchador. ¡No me venga ahora con que está mayor! La edad es únicamente un número insípido.

-Es cierto, -dijo Agustín- estoy anciano ya. No sé ni por qué sigo huyendo, por qué sigo luchando. Debería pegarme un tiro en la sien y no perder más tiempo. Total, aquí estamos vendidos, no tardarán en llegar a nosotros.

-Por favor, no diga tonterías. ¿Y lo que duele?

-Es una muerte inmediata. El dolor se apaga enseguida.

Agustín hizo una breve pausa, un silencio silenciado por los susurros de las balas a su alrededor.

-Quizá, no sé. –dijo Agustín, temblando.- Sólo buscaba un lugar donde esconderme y llorar. Después, lo que quisieran. Pero no me dejan. Quizá me toque llorarla en el cielo.

-¿No piensa vengar su muerte al menos? Como objetivo en su vida. No tiene nada que perder.

-No por dos razones. La primera razón es que no soy un asesino como ellos. Es decir, nunca antes había disparado a personas, tan sólo a animales de campo y, desde luego, con una no muy clara precisión lo cual me hace estar en notable desventaja. Y la segunda razón. ¿Qué cambiaría eso? Ni ella va a resucitar ni yo volvería a ser feliz. Es más, su muerte es ya fruto de una venganza. ¿Qué pasa? ¿Que todo acto hiriente ha de responderse de forma similar, generando un bucle destructivo sin fin? No señor, no es una solución a los problemas. No obstante, y como se trata de una lucha propia por la supervivencia, no me sentiré nada mal si, en las veces en las que les disparo, cae alguno que otro del enemigo.

-Me sorprende.

-No quiero morir, sólo que esto finalice ya y poder descansar de una vez.

-¿Quién era ella? –preguntó Gervasio.- ¿Y por qué la han matado?

-¿Por qué habría de contestarle a esa pregunta si anteriormente no respondió a mis cuestiones?

-Porque deduzco que desea desahogarse de algún modo, hacerle un luto espontáneo.

-Deduce usted correctamente, no hay cosa sobre la que prefiera hablar en este momento más que de ella, mi mujer. –dijo Agustín- La segunda pregunta, en cambio, requiere una respuesta más extensa.

Gervasio le pasó un peine de balas con objeto de recargar el arma. El enemigo seguía acechando.

-Tenemos tiempo. –dijo Gervasio.

-Unos cuantos del pueblo, sabiendo que no comparto sus ideologías políticas, me llevaron a dar un paseo, ya sabes, tanto a mí como a mi esposa. El chivatazo vino por parte de Leopoldo Pérez, “El Pope”, que enfilaba el primero y que aprovechaba el caos de la guerra para solventar una vieja rencilla que teníamos pendiente.

-¿Qué rencilla si se puede saber?

-Vieja. ¡Qué juventud! Me acuerdo como si fuera ayer, hará más de treinta años, pues fue cuando conseguí mi mayor victoria y puede que la única en mi vida. Lola. ¡Qué mujer! ¡Qué hermosa eras! Qué pena que esos salvajes te hayan hecho esto. Ojalá sea un mal sueño, mañana despierte y todo haya desaparecido. ¿Guerra? Nunca empezó. Y tú, Lola, aparecerías a mi lado, como siempre, dándome la felicidad necesaria para seguir avanzando.

-¿Lola es su mujer?

-Así es, así como el motivo de disputa entre Leopoldo y yo.

-¿Líos de faldas?

-Nunca le vi más empeñado con algo o alguien que con mi esposa. -dijo Agustín- Durante un buen tiempo, él trató de cortejarla como buenamente podía. Le traía flores, la invitaba a los mejores postres del pueblo, no sé. Se gastaba un pastizal en ella. Y ella, como chica inteligente que era, se aprovechaba del muchacho. Hizo un esfuerzo, todo el que pudo, en sentirse atraída por él pero nada, el tipo más aburrido del pueblo. Un soso nada platicador que la pretendía conquistar con su sempiterna sonrisa de bobo. Un calzonazos transparente que accedía a cualquier cosa que ella pedía y le daba la razón en todo lo que decía. Un hombre florero. Florero de caña y esparto. Pronto me encontraría a mí, modestia aparte, un hombre de verdad. No tardaríamos en congeniar y convertirnos en amantes. Ante este doble planteamiento masculino, ella urdiría un plan perfecto para ser feliz sin perder sus presentes ventajas: de día, acompañaría al calzonazos con tal de aprovecharse al máximo de su reconocida generosidad fingiendo un falso interés en él; y de noche, quedaría conmigo con objeto claro de disfrutar de mi amor. Sin embargo, poco tiempo tardarían los vecinos en divulgar rumores contra ella que pronto llegarían a oídos de su padre. Éste, con tal de limpiar la imagen de fulana de su hija, le exigió una boda inmediata y le prohibió que se viese más con “los hombres” que la visitaban cada noche. Acto seguido, Lola tuvo que decidir, prefiriendo el amor verdadero que yo le ofrecía a la vida supuestamente acomodada que le daría El Pope.

-¿Y su padre no se opuso a esta decisión a pesar de hacerse ver con él antes que con usted?

-Lo cierto es que no, en mi pueblo nadie deseaba a El Pope como yerno. Además de no

ser un tipo de clase elevada, pese a malgastar sus escasos ingresos en Lola, era terriblemente soso y previsible. Un ser sin labia ni carisma, fácilmente odiable.

-Pues para ser tan previsible –dijo Gervasio- fíjese cómo ha acabado.

-Fue muy extremista: pasó de ser el más servil caballero de las damas a convertirse en un hijo de puta con mayúsculas. Su empeño por mi esposa pasó a convertirse en una obsesión enfermiza. Buscó, entre las mujeres del pueblo, a la que más se pareciese a Lola físicamente. Se casó con una tal María Encarnación a la que llamaba Lola en todo momento, pese a no ser su nombre, claramente. Trataba de convertirla en ella. De hecho, según me contaron, la azotaba repetidas veces siempre que realizaba cualquier gesto, acción o, simplemente, decía algo que la diferenciase de mi Lola. Siempre iba rebosante de moratones. ¡Trataba de tener algo que no es, ni fue, capaz de conseguir!

-¿Y por qué la mató si se puede saber?

-Me lo explicó justo antes de matarla. Vaya, qué doloroso y qué necesario puede ser hablar de un ser tan querido tan recientemente perdido. El recuerdo aún hierve en mi ruinoso memoria, doliendo como un clavo anclado en mi corazón. –dijo Agustín, con el rostro desencajado por el dolor- El caso es que nos llevó junto a varios vecinos y, cuando hubieron liquidado a estos con sus mausers reglamentarias, apuntó a mi mujer y me dijo que había esperado treinta años para devolverme, como él consideraba, el daño que yo le provoqué. Me dijo que se había dado cuenta de que no podía tenerla como yo y que ya que él sería incapaz de ser feliz, nadie debería estar capacitado a serlo. Y entonces, apretó el gatillo, justo ante mis ojos, para tener el privilegio de verme sufrir su muerte, de disfrutar con mi pérdida. Ella cayó, como un plomo, impávidamente, sin modificar su rostro lo más mínimo. Sin dejar que la viese sufrir, no quería darle ese gusto. O quizá se mostraba tranquila esperando poder reencontrarnos en un rato en el Cielo, juntos, para siempre, evitando el sufrimiento de esta dura guerra.

Aunque el corazón de Agustín estaba viejo y acostumbrado al dolor de los peores acontecimientos, no pudo evitar que unas cuantas lágrimas bajaran por su rostro tras relatar sus recientes desgracias. No obstante, ambos seguían siendo asediados por sus enemigos. Aprovecharon y cambiaron la respectiva munición de sus respectivos fusiles con tal de seguir eludiendo a sus atacantes.

-¿Cómo escapó de la muerte? –dijo Gervasio.

-Justo cuando iba a ser mi turno, llegaron los nuestros al pueblo, al ataque. Hubo un intercambio de balas entre los combatientes y, en medio de la confusión del momento, aproveché para huir. Lo máximo que consiguieron fue herirme en un brazo.

-Y él te siguió.

-Parece que cumplir su venganza es más importante que su propia vida.

-Junto con algunos compañeros.

-Borregos sin personalidad. Siervos llevados al incierto destino de las decisiones de su amo. Un par de subnormales que debieron dejarse matar allá donde estaban.

Volvieron a asomarse por sus ventanas y gastaron de nuevo sus cinco cartuchos. La caída de un contendiente en el lado de Agustín le animó tras su terrible desahogo. Ver yacer a un herido rival en el suelo le sentaba mejor de lo que esperaba. Resultó un alivio instantáneo, un pensamiento tan agradable que su propia moral lo trataba de taponar infructuosamente. Alegrarse por el mal ajeno era algo que su propio Dios no veía con buenos ojos.

-Creo que le he dado a uno. –dijo Agustín.

-Dos millones.

-Mis números son mucho más modestos, sin duda.

-Es lo que hay en la maleta. –dijo Gervasio.

-¿Dos millones? ¿De pesetas?

-Así es.

-¿Y los guardaba aquí, en su casa?

Cada uno cogió otro peine de balas para recargar su fusil.

-¿Por qué supone que sea ésta mi casa? ¡Nada más lejos! Mi compañero, que ahí ve yacer muerto, -dijo Gervasio, señalando el cadáver de su compañero- y yo huíamos hacia el norte, hacia Francia, de las tropas que ahí ve, -señaló, esta vez, a la ventana a su espalda- incesantes en su ataque contra nosotros. Antes éramos más compañeros pero fueron cayendo por el camino. Menos mal que pude resguardarme en esta casa.

-Dos millones. ¿Puedo verlos?

-Por supuesto, no lo dude.

Gervasio abrió la maleta mostrándole a Agustín toda la pradera económica que poseía, toda de curso legal. Una auténtica fortuna para un hombre de a pie, como ellos.

-Es la primera vez que veo tanto dinero junto.

-Para mí, es la segunda. – dijo Gervasio- y posiblemente la última. El peine que le he dado era el último que me quedaba. Sólo nos quedan cinco cartuchos a cada uno, optimice cada tiro como si le fuera la vida en ello ya que así es ciertamente. Aquí estamos vendidos, ha sido un placer conocerle.

-¿Tiene un mechero?

-Por supuesto. ¿Tiene tabaco?

-No tengo intención de fumar. –dijo Agustín- Supongamos que ellos acaban venciéndonos. Ellos, pues, se quedarían con la maleta. ¿Cierto?

-Cierto.

-Lo que buscan, únicamente, en su asedio es el beneficio económico. ¿No sería un planchazo terrible que lo incinerásemos y se encontrasen con un montón de ceniza en vez de con un montón de pasta?

-Por Dios. ¿Qué tipo de persona sería capaz de hacer algo así?

-Ya que nosotros no lo podemos tener, ellos tampoco. Nuestra derrota es clara pero su victoria se puede difuminar.

-¡No sea capaz de tocar mi dinero! –dijo Gervasio- Quemar dos millones de pesetas es lo más parecido a un crimen contra la humanidad.

-¿No se da cuenta? Entonces ellos se quedarán con su dinero. Se mearán en su cadáver. Se reirán de usted por el regalo que les deja.

-¡Jamás! He luchado mucho contra esos deleznable fascistas como para que ahora sea yo quien destruya mi motivo de pugna.

De repente, Agustín apuntó con su fusil a Gervasio, con tono claramente amenazador.

-Por favor, -dijo Agustín- aparte el arma.

Gervasio hizo lo propio y apuntó con su fusil a Agustín quien, lento de reflejos, no pudo evitarlo.

-¿Qué hace? No debí haberle contado mi secreto. ¿A qué viene esta traición? ¿Se ha vuelto loco?

-¡Cállese! –gritó Agustín- ¡Suelte ese arma!

-No sé qué pretende pero sin duda no haré caso a sus exigencias. –dijo Gervasio- ¿Quiere mi dinero? ¿Eh? ¿Es eso lo que desea? Pues ya me dirá cómo lo saca de aquí.

De repente se hizo un silencio sepulcral, una lúgubre melodía insonora que les alertaba sobre lo ocurrido en el exterior. Sus enemigos habían cesado el tiroteo y no parecía que fuese por voluntad propia.

-¿Qué ocurre? –dijo Gervasio- El silencio ha acallado los gritos de violencia del enemigo. Quizá estén optando por una técnica más sigilosa. ¡Baje el arma! Podríamos estar en peligro.

-En peligro estaré cuando baje el arma.

-¿Qué hace? ¿No ve que podrían estar acechando bajo la ventana? ¡Baje el arma de una vez! Somos del mismo bando.

-¡No lo somos!

-¿Es capaz de arriesgar su propia vida por un puñado de pesetas? ¿De qué le servirán si antes de que pueda huir ellos le liquidarán?

-¿Es que aún no se da cuenta? Nuestros perseguidores se han matado entre sí.

Gervasio se quedó perplejo ante tal afirmación. Le miró a los ojos. Su cara de furia y pánico no auguraba falacias por su parte. El temblequeo de sus manos le decía que algo había ocurrido que le ponía bajo alerta, en un plano defensivo. Gervasio, sin confiar del todo en él, también hizo sus propias suposiciones que concordaban correctamente con los actos de Agustín. Procedió a acercarse a su puerta más cercana. Tenía la intención de corroborar sus palabras.

-Está bien, quédese aquí. –dijo Gervasio- Pero lleve cuidado con lo que hace, le estaré vigilando.

Con sumo cuidado, y sin dar pasos precipitados, Gervasio salió lentamente de la casa. Sin cesar de observar a su compañero, fue buscando alguna pista que certificase sus elucubraciones. Empezó con un cierto miedo, no fuese que las palabras de Agustín fueran con intención de sacarle al exterior y ser liquidado por el enemigo. Cualquier sonido, por nimio que fuese, lo ponía en aviso. Él sabía que nunca sería un héroe, ni siquiera un valiente. Su salida al exterior era un claro riesgo pero ya era hora de salir de ahí. Los nervios iban disminuyendo con cada paso que daba sin respuesta enemiga. Un haz de luz dio en su cara amenazando con un pronto amanecer. La veracidad de las palabras de Agustín se iban confirmando con cada segundo que pasaba. No obstante, hasta que no vio con claridad el montón de cadáveres de sus perseguidores no se calmó. Tenía claro que aquella matanza no era fruto de sus desviados disparos. Agustín no mintió. Gervasio contuvo una sonrisa de satisfacción. Seguía en tensión ante una posible respuesta armada a su espalda. El enemigo esperaba en casa. Ninguno de los dos dejaba de apuntar al otro. No se fiaban de la posible imprevisibilidad de las acciones que realizasen. Antagónicos. Cualquiera podía disparar en cualquier momento y fin del juego. La tranquilidad de Gervasio sólo le afectaba a la velocidad de desplazamiento. El resto del cuerpo no atinaba a hacer un movimiento certero. Un Alzheimer espontáneo y prematuro se alojó en su cuerpo. Las miradas de odio entre ambos se recrudecían. Por suerte, ninguno de los dos era capaz de asesinar con la visión. Entró. Lento en cada movimiento, controlando a Agustín conforme se acercaba. Agustín se mantenía quieto, inamovible. Desconfiado. Gervasio se acercó a su posición inicial. Apoyado en la pared, descendió con parsimonia hasta permanecer sentado bajo su ventana y frente a su nuevo enemigo.

-Como comprenderá, -dijo Gervasio- en estos momentos lo que más deseo es salir de aquí cuanto antes, ya que es probable que aún haya alguno vivo por ahí fuera. Pero entenderá que nuestra huida no será tal de momento debido a que, claramente, ninguno de los dos se fía del otro, por la disparidad ideológica, vaya, y un tiro por la espalda puede ser severo, mortal y lo más lógico en esta situación.

-Está claro. –respondió Agustín.

-Podríamos solucionar esto como humanos civilizados. Descargar nuestros cartuchos el uno en el otro y, aquel que sobreviva, quedarse con los dos bienes más preciados en juego que existen como premio: la bolsa y la vida.

-Podemos salir ahí fuera, dar diez pasos a espaldas del otro y batirnos en duelo.

-Hay algo que no veo claro en ese planteamiento, -incidió Gervasio- y no es sólo la posibilidad de que no me lleve el premio, cosa mala, si no la total desgracia de que caigamos ambos, como los de ahí fuera, dejando el primer premio declarado como desierto.

-¿No ve plausible el solucionar nuestras diferencias de esa forma? ¿A pesar de batirse con un herido sin experiencia en el manejo de armas?

-A pesar de batirme con un herido con escasa capacidad en el manejo de armas, sí. Prefiero una vida segura a la incertidumbre de una victoria arriesgada. Si la gente fuese capaz de ceder un poco, la guerra nunca existiría. Negociar, he ahí la palabra que nos haría libres del dolor.

-¿Qué está proponiendo? –dijo Agustín.

-Propongo un trato. Usted recibirá una amplia paga de mi maleta en concepto de gratitud por su compañía, de gratitud por atraer a un grupo de militares armados salvando, de esta forma, mi vida, y de gratitud por su demostrada incapacidad en meterme una bala en la cabeza cuando tuvo ocasión. Además, con este dinero estoy comprando algo más: nuestra salvación. La salvación de los defensores ocultos. La redención del último hombre en pie. Acto seguido, los dos obviaremos la existencia del otro y nos largaremos de aquí cada uno por un lado. ¿Le parece apropiado?

-Me parece apropiado.

-Muy bien, coja esa sábana de ahí y procedamos al reparto.

Seguían observándose encarnizadamente mientras Agustín cogía, del dormitorio, la única sábana que allí había y que alguien habría usado en alguna ocasión. La dejó abierta, en el suelo, mientras Gervasio iba amontonando en ella multitud de billetes hasta que ambos montones fuesen más o menos similares. Ninguno de los dos se atrevía a contarlos, a bajar la guardia de tal forma. Ambos estuvieron de acuerdo con la equidad del reparto. Agustín anudó la sábana donde portaría el dinero y se fueron acercando, cada uno, a una puerta de la casa, con su respectiva fortuna bajo el brazo. No bajaban el fusil en momento alguno, el pulso les temblaba sin parar. Se

quedaron ambos en el umbral de la puerta, mirándose fijamente. Ninguno de los dos tenía intención de disparar pero ambos temían que el otro actuase primero. No se fiaban, no podían fiarse.

-Ha sido un placer conocerle. –dijo Gervasio.

-El placer ha sido todo mío. –respondió Agustín.

Y ambos salieron corriendo, cada uno hacia un lado distinto. El bosque dejaba paso a los dos. Mientras uno huía hacia Francia, sin mirar atrás en ningún momento, el otro volvía a su pueblo a solventar el asunto pendiente, a enterrar a su amada muerta. Las nubes negras dejaban paso a un sol deslumbrante, que se había tirado toda la mañana tapiado. La casa se iba alejando de ellos, como un punto oscuro de la geografía española al que nunca volver. Ya sólo podían pensar en qué gastar todo el dinero obtenido de golpe. Subsistir a los estragos de la guerra era la opción más probable. Una ayuda a empezar una nueva vida, comenzar de cero dejando atrás unas vidas destrozadas por la malicia humana. Al final, la cosa no había salido tan mal.

© 2007 Albert Woodgate, <http://www.gorzas.es>. Se permite su copia bajo los términos de la licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España License.